

bagajes del 4.º cuerpo, empujó por delante á la división francesa que le infundía más confianza, la de Durutte, y situóla detrás de Dennewitz, más acá del arroyo. Apostada allí esta división sobre un ribazo, podía hacer gran uso de su artillería, y lo hizo en efecto. Reynier dirigió la división sajona de Lestoc sobre Golsdorf, y mantuvo su segunda división sajona, la de Lestoc, en reserva. Tan luego como se ejecutaron estas disposiciones, trasladándose el general Durutte al seno del ángulo trazado por nuestra línea, atajó á los prusianos que desembocaban de Niedergorsdorf. Por su parte, la brigada de Mellentin, de la división sajona de Lestoc, penetró en Golsdorf, desalojó de allí á los prusianos, y de esta suerte impidió al enemigo que se estableciera sobre nuestra izquierda. Así se sostuvo el lid con encarnizamiento, en medio de nubes de polvo que no permitían ver otra cosa que las tropas que se tenían inmediatamente delante.

Al cabo llegó Oudinot, pasó por detrás de los cuerpos que le habían precedido, y descubriendo la tempestad que nos amenazaba hacia la izquierda, pues cuarenta mil suecos y rusos marchaban sobre Golsdorf por este lado, situó detrás de los sajones de Lestoc dos de sus divisiones, y mantuvo en reserva la otra. Merced á este refuerzo, y salvo cualquier accidente, aún era posible que los cincuenta mil hombres de Ney hiciesen cara á los ochenta mil enemigos que se les echaban encima, y que lograsen llegar á Juterbock sin descalabro.

Pero á la sazón un gran esfuerzo de Tauenzien y de una mitad de Bulow sobre el cuerpo de Bertrand, debilitado por una larga lucha, le obligó á que se replegara, y á eso de las cuatro de la tarde cedió terreno, después de perder tres mil hombres, no repasando el arroyo de Dennewitz, sino apoyándose algo á la derecha hacia Rohrbeck, y permaneciendo siempre delante del arroyo. Demasiado preocupado Ney con lo que tenía delante de los ojos, y no pensando suficientemente en el conjunto de la batalla, temió que Dennewitz quedara al descubierto de resultas del movimiento de Bertrand, y ordenó á Reynier que reemplazara á la división de Durutte en Dennewitz mismo. Al mismo tiempo dispuso que Oudinot se trasladara de Golsdorf, donde servía de apoyo á los sajones, á Rohrbeck, para formar detrás de Bertrand en reserva. Esta era una falta doble, porque, después de aproximarse Bertrand á Rohrbeck, nuestra derecha se hallaba menos en peligro que nuestra izquierda, replegada en horca y amenazada por la irrupción de cuarenta mil enemigos.

Al recibir el general Durutte la orden por conducto del general Reynier, abandonó con una de sus brigadas la buena posición en que se hallaba detrás de Dennewitz, pasó el arroyo, y apoderóse del molino de Dennewitz, desamparado por Bertrand. Su segunda brigada, reducida á sus propias fuerzas, no fué bastante á guardar el seno de nuestro ángulo. En el mismo instante dejó Oudinot su lado izquierdo, de que era apoyo indispensable, para ir al lado derecho. Entonces la división prusiana de Börstell, apoyada por una nube de caballería y por toda la artillería rusa y sueca, atacó á Golsdorf, quitándose á la brigada sajona de Mellentin. Antes de su retirada afanóse Oudinot por ayudar á los sajones á recuperar á Golsdorf, si bien, obligado

á seguir su movimiento, los abandonó muy luego á su suerte. Los sajones, que por honor se habían portado bien hasta ahora, aunque el odio estuviera pronto siempre á acallar el honor en su alma, creyéndose abandonados por los franceses, á pesar de batirse por su causa, viendo delante avanzar la masa de los suecos y los rusos, empezaron á retroceder sobre el terreno. Al descubrir péfidos alarmistas las oleadas de polvo, que levantaban las tropas de Oudinot en su movimiento de Golsdorf á Rohrbeck, dijeron ser la caballería enemiga que había rebasado á las tropas francesas. Ante este susurro se desbandaron los sajones á pesar de los esfuerzos de Reynier, desertaron de Golsdorf, dejaron nuestra izquierda enteramente al descubierto, se lanzaron atropelladamente sobre Oudinot y pasaron por entre sus filas. Desgraciadamente se habían acumulado todos los parques y bagajes en lo interior del ángulo formado por nuestra línea de batalla. Horrosa confusión hubo entonces, y por todas partes empezó una verdadera derrota. Sin embargo, obligada la división de Durutte á evacuar á Dennewitz, retiróse ordenadamente. Oudinot, sobre quien se replegó de tropel la izquierda, no se movió un paso, y Bertrand pudo repasar sano y salvo por la aldea de Rohrbeck el arroyo tan disputado. Así y todo estaba perdida la batalla, pues se había cedido el terreno del combate, el camino de Juterbock se hallaba cerrado, y de consiguiente quedaba por conseguir el objeto. Siete ú ocho mil de los nuestros y ocho ó nueve mil de los contrarios yacían tendidos sobre la llanura. Pero, huyendo á todo correr diez á doce mil de nuestros soldados, sobre todo bávaros y sajones, iban á propalar junto al Elba que el ejército francés se encontraba derrotado y aun destruído. Tal era el desorden, muy acrecentado por la circunstancia fatal del denso polvo, que muchos batallones sajones, oyendo galopar en derredor suyo y juzgando ser la caballería francesa, no se pusieron en defensa, y sólo echaron de ver su error cuando ya no tuvieron tiempo de formarse en cuadros. Algunos fueron acuchillados, los más cogidos. Para éstos era la libertad en vez del cautiverio, y fuerza es quejarse más bien de su fidelidad que de su arrojo, pues se batieron perfectamente hasta la hora en que pudieron abandonarnos para irse á las filas en donde estaban sus aficiones. Una mitad del cuerpo sajón y otra porción igual de la división bávara se marcharon aquella noche y al día siguiente. Ocultándose los sajones en las aldeas, retornaron sin gran trabajo á su país, que estaba cerca. Hacia el Elba corrieron los bávaros para volver á guisa de merodeadores á su patria. Ya no había medio de replegarse hacia Wittemberg, dejado siete ú ocho leguas á la izquierda en la marcha del ejército sobre Juterbock, ni había más retirada posible que sobre Torgau, punto que se debía hallar á la espalda al retroceder junto al Elba. Allí se retiró, pues, el mariscal Ney, bastante ordenadamente; bien que después de perder veinte bocas de fuego á causa de morir los caballos, y quince mil hombres y más, entre los cuales pasaban de la mitad los desertores. Se hallaba reducido á treinta y dos mil combatientes. Fieles continuaban los italianos según costumbre, y se habían batido á maravilla. Los wurtembergueses conservaron su apostura militar excelente. Entre los desbandados

se contaban á la verdad algunos reclutas franceses, si bien en número escaso, y no alejándose mucho del ejército que en aquellos países distantes era su verdadera patria.

Bajo el cañón de Torgau hallóse el mariscal Ney el 8 de septiembre con todas sus tropas. Según debía esperarse, entre los diversos estados mayores reinaba acrimonia extremada. Ney se quejaba de la lentitud de Reynier y de Oudinot, pero sobre todo de la débil ayuda del primero, cuyas divisiones sajonas flaquearon en lo más crítico del lance. Reynier, defendiendo á los sajones, acusaba al mariscal Ney de haberlo comprometido todo de resultas de la falsa maniobra, que había llevado las divisiones de Oudinot de izquierda á derecha. Oudinot, el menos acre de los tres, manifestaba que había marchado tan apresuradamente como se le previno, y achacaba la falta de su lentitud al general en jefe, que no habiendo sabido prever la batalla, no tuvo aquel día sus cuerpos de tropas bastante inmediatos unos á otros.

Al alcance de todos se halla lo que puede haber de verdad en estas tristes recriminaciones con el simple relato de los hechos precedentes. La cita en Baruth, señalada por Napoleón de una manera general, y tomada demasiado á la letra por el mariscal Ney, que se apresuró á ejecutar un movimiento de flanco aventurado y prolongado sobremanera; este movimiento, bien ejecutado el primer día, no tanto el segundo, y sin precauciones bastantes; la lenta llegada de los cuerpos, imputada al general en jefe, y algo también á sus lugartenientes, que por su parte debieron prever una batalla y tenerla por segura al oír el cañoneo; la fatal circunstancia del viento y del polvo, que levantaba entre todos los cuerpos una nube impenetrable á la vista; el ardor de Ney en el fuego, que le impulsó á absorberse en el mando de un cuerpo solo en vez de atender al conjunto; la orden sensible dada á Oudinot para dejar la izquierda por la derecha, y por último, la inclinación de los aliados á desbandarse, tales fueron las causas de la pérdida de esta batalla, algunas de ellas accidentales sin duda, bien que las más de ellas se enlazaban á las generales, señaladas tantas veces por nosotros, y que amenazaban á nuestras cosas con próxima ruina.

Llegado á Torgau encontró allí Ney lo que llamaba una especie de *infierno*. Además del descontento de los soldados y de las recriminaciones de los jefes que le era forzoso aguantar, además de la barahúnda de los fugitivos á quienes necesitaba hacer entrar en orden, además de la dificultad de proveer á cuanto hacía falta, sobre todo á la aproximación del enemigo, que ya estaba casi á las mismas puertas de Torgau, le asaltaba á Ney el recelo de ver insurreccionarse á los sajones. Enfrenándolos poco Reynier, que mal humorado abogaba por ellos en demasía, le amenazaban con la defección sin rebozo. Se había prescrito llevar ganado á la orilla derecha del Elba, para abastecer la plaza de Torgau y al ejército mismo. No sólo se negaron los sajones á ejecutarlo, sino que se apoderaron de un parque recién reunido y distribuyeron las cabezas de ganado á los paisanos sajones del contorno. De semejante desobediencia á la rebelión no había más que un paso. Por lo demás no movía á extrañeza que en un ejército compuesto de tan diferentes elementos produjesen este quebranto mo-

ral dos batallas perdidas en el curso de doce días; antes bien asombrara que pasasen de otra manera las cosas. Ney, á semejanza de Macdonald y de Oudinot, escribió al emperador para suplicarle que le exonerara del mando. «Prefero, decía noblemente, ser granadero á ser general en tales condiciones: pronto estoy á derramar toda mi sangre, pero ansío sea con provecho (1).» Apoyado sobre Torgau y sobre el Elba, podía Ney embarazar algunos días el paso del río, aunque no disputarlo por largo tiempo, al menos sin nuevos socorros, y especialmente contra la reunión de fuerzas que era fácil prever hacia esta parte de nuestra línea de defensa.

Mientras ocurrían estos sucesos, vuelto Napoleón á Dresde el 7 por la noche, fué llamado de nuevo el 8 por la mañana cerca del mariscal Saint-Cyr al campo de Pirna, para hacer cara á los rusos y á los prusianos, que al parecer insistían en el ataque hasta el extremo de hacer verosímil una empresa seria. Napoleón deseaba que así fuera; mas ¡ah! que no lo esperaba. Su grande tacto militar no le permitía creer que cuando hubiera una operación formal se intentara por Dresde, tras de lo acontecido durante los días 26 y 27 de agosto. No creía, por tanto, más que en una simple demostración: sin embargo, dirigióse á Pirna con su guardia y una porción de la caballería de reserva, de vuelta de Bautzen aquella misma mañana, y trasladóse otra vez al lado del mariscal Saint-Cyr para concordar lo que se debía hacer á vista de esta nueva ocurrencia.

No habiendo descubierto los rusos y los prusianos ni la guardia, ni la caballería de reserva, que señalaban la presencia del emperador de continuo, persistieron en su movimiento ofensivo, y Saint-Cyr, que retrocediendo había llegado hasta las márgenes del riachuelo Muglitz cerca de Mugeln, no quería repasarlo. Este riachuelo, nacido en las montañas de Bohemia, va á desaguar cerca de Mugeln en el Elba. Repasándolo se abandonaban definitivamente las alturas y del todo se quedaba repellido hacia el llano. Con la mira de tornar á la ofensiva

(1) Véase esta curiosa carta, que pinta la situación mejor que cuanto pudiera decirse.

*El príncipe de la Moscowa al mayor general.*

*«Wurtzen, 10 de septiembre de 1813.*

»Deber mío es declarar á V. A. S. que es imposible sacar buen partido de los cuerpos de tropas 4.º, 7.º y 12.º en el estado de organización que tienen actualmente. Por derecho estos cuerpos están juntos, si bien no lo están de hecho: cada uno de los generales en jefe obra poco más ó menos según cumple á su seguridad propia; y me es difícilísimo obtener una situación en el punto á que las cosas han llegado. Singularmente quebrantada se encuentra la moral de los generales y de casi todos los oficiales; mandar de este modo no es más que mandar á medias, y preferiría ser granadero. Os ruego, señor mío, que alcancéis del emperador, ó que sea yo solo general en jefe, teniendo á mis órdenes nada más que generales de división de ala, ó que se digne apartarme de este infierno. Juzgo que no necesito hablar de mi adhesión; pronto estoy á derramar toda mi sangre, pero ansío que sea con provecho. En el actual estado únicamente la presencia del emperador podría restablecer el conjunto, porque todas las voluntades ceden á su genio, y todas las pequeñas vanidades desaparecen ante la majestad del trono.

»También debe estar V. A. S. enterado de que manifiestan malísimo espíritu las tropas extranjeras de todas las naciones, y de que ofrece dudas si la caballería que aquí tengo es más nociva que provechosa.»

(N. del A.)

muy pronto, quiso el mariscal Saint-Cyr mantenerse más allá del Muglitz y defendió la orilla con quedarse en Dohna. Llegando Napoleón el día 8 por la mañana, mucho antes que los refuerzos que debían seguirle, pensó, al modo que el mariscal Saint-Cyr, que con la certidumbre de ser apoyado muy luego, el cuerpo 14.º podía avanzar en masa contra el enemigo sin dejar ninguna reserva. Con efecto, se formaron al punto las tres divisiones del cuerpo 14.º en columnas de ataque, y empujaron vigorosamente de abajo á arriba á las tropas de Wittgenstein y de Kleist. De un lado recuperóse la meseta de Gieshübel en el camino de Peterswalde, y de otro fueron arrolladas en dirección de Liebstadt las masas que se tenían al frente por el camino de Furstenwalde. No obstante, los coligados se replegaron sin precipitación alguna, y de manera de dejar duda sobre la actitud que tomarían al día siguiente. ¿Se retiraban ó se mantendrían firmes? Tal era la cuestión que ni Napoleón ni el mariscal Saint-Cyr se hallaban en disposición de resolver todavía. Por lo demás, resueltísimos á marchar enérgicamente contra el enemigo á la otra mañana, si pensaba hacerles cara, pasaron juntos el día y comieron en unión de Murat y Berthier á uso de guerra, ó por decirlo así, del vivaque.

En este momento, el 8 por la noche, se supo la noticia de la pérdida de la batalla de Dennewitz por conducto de un ayudante. Este era el cuarto suceso infausto después de las dos grandes victorias de Dresde, pues contábamos ya el del Katzbach, el de Gross-Beeren, el de Kulma y el de Dennewitz, sin un solo triunfo para compensar estos duplicados golpes de la fortuna. Sobre todo este último tenía gravedad inmensa, porque además del efecto moral creciente, con la serie de desgracias, situaba en peligro la parte inferior del Elba, y nos exponía á ver cruzar este río por nuestra izquierda, al par que, bajando del Erz-Gebirge el ejército de Bohemia sobre nuestra derecha, amenazara definitivamente rebasarnos, y juntarse al cuerpo que por Wittemberg hubiese pasado el Elba.

Al punto se le alcanzó á Napoleón la trascendencia de este suceso. Sin embargo, permaneció tranquilo, y ni á los ojos maliciosamente escudriñadores del mariscal Saint-Cyr dejó que se trasluciera la más leve señal de alteración ni de enojo contra el mariscal Ney. Sin duda fuera disculpable un momento de arrebató: con todo, en esta expansión familiar de militares que hablaban entre sí de la profesión de las armas, no apareció que juzgara lo que acababa de acontecer sino bajo el aspecto del arte. «¡Difícilísimo oficio es el nuestro!» exclamó varias veces; y como penetrado de las dificultades de este grande arte, al cual sólo el de gobernar supera, expuso con admirable exactitud de crítica y sin severidad alguna las faltas cometidas durante esta corta campaña de tres días, empezada en Wittemberg y concluida en Torgau tan pronto. Jamás quiso ver en estas faltas otra cosa que una prueba de las dificultades del oficio; á menudo repitió que la guerra era una cosa singularmente ardua, que se necesitaba de mucha indulgencia respecto de los que se dedicaban á este ejercicio, y personalmente acreditó la más rara equidad, como si un presentimiento sobrehumano le advirtiera entonces que muy pronto necesitaría él mismo de esta justicia indulgente que reclamaba para los generales desafortunados.

Artrastrado por el fuego de la conversación, en que era deslumbrador siempre que se entregaba á ella, dijo que los generales no dedicaban suficiente reflexión á sus operaciones; que, si llegaba á tener tiempo, se proponía escribir un libro, donde se les enseñaran los principios de la guerra, de modo que la aplicación fuese clara, y fácil para todos, y habló de este proyecto de escribir un día, como si previera que pasaría los seis últimos años de su vida en un cruel destierro, reducido á escribir sobre una roca del Océano. El mariscal Saint-Cyr, á quien hacía á veces paradojista su propensión á llevar la contraria, sostuvo que el general nacía y no se hacía, que los generales en envejecer en el ejercicio de su profesión ganaban poco, y que el mismo Napoleón había hecho su más hermosa campaña á los veintiséis años. Napoleón concedióle que sin duda, cuando los generales no se hallaban dotados por la naturaleza de ciertas facultades, les aprovechaba poco la experiencia, y engolfándose en lo pasado, dijo: «Sólo hay uno que, meditando continuamente sobre su oficio, ha ganado en envejecer, y es Turena...»

Así después de una noticia terrible, que variaba su posición de una manera considerable, pasaba Napoleón la velada disertando sobre su arte, y embelesando á sus oyentes, á pesar de no ser benévolo todos. ¡Hombre singular y prodigioso, que, no habiendo nacido flemático, llegaba por virtud del poder de su talento á sacudirse de sus negocios presentes, á darlos al olvido, á desdeñarlos, á juzgarlos desde la altura del águila, que de un raudó vuelo se escapa de la tierra para cernerse en las eminencias del cielo!

Sin embargo, no se forjaba ilusiones, y discurriendo que en su vasto imperio todo se había previsto para la conquista y nada para la defensa, quiso que de un modo indirecto llegara al ministro de la Guerra la orden de dedicar la atención á las plazas del Rin. Escribir personalmente al duque de Feltré, que empezaba á dudar de la posibilidad de mantenerse en Alemania, era una confesión costosa y sobre todo preñada de peligros, pues la emoción del que recibiese esta confidencia podría muy bien dar margen á que fuera divulgada. Por consiguiente ideó aquella misma noche que Mr. de Basano escribiera al ministro Clarke una carta en cifra y concebida en los términos siguientes:

8 de septiembre de 1813.

«De tal modo se atropellan los sucesos, que aun dejando á S. M. eventualidades felices y brillantes, exige la prudencia que se prevean contrarias. Creo propio de mi deber, querido duque, explicarme con vos confidencialmente.

»No es el ejército ruso nuestro más peligroso enemigo. Ha experimentado pérdidas de monta, no está reforzado, y exceptuando su caballería, que es bastante numerosa, no representa más que un papel secundario en la lucha en que se halla metido. Pero la Prusia hace grandes esfuerzos. Una exaltación llegada al más alto punto ha favorecido por extremo al partido que ha abrazado su monarca. Sus ejércitos son considerables, sus generales, sus oficiales, sus soldados, están muy animosos. Con todo, Rusia y Prusia no hubieran ofrecido más que obstáculos débiles á nuestras huestes, pero la

accesión de Austria ha complicado la cuestión de una manera extraordinaria.

»Aún es nuestro ejército brillante y numeroso, por mucho que le hayan costado las victorias adquiridas, pero cansados los generales y los oficiales de la guerra, no tienen aquel movimiento que les impulsaba á dar cima á grandes cosas. Se halla demasiado extendido el teatro. Siempre que el emperador se presenta, sale triunfante; pero no puede estar en todas partes; y pocas veces corresponden á sus esperanzas los jefes que mandan aislados. Ya sabéis lo que le pasó al general Vandamme. El duque de Tarento ha experimentado reveses en Silesia, y el príncipe de la Moskova acaba de ser batido al marchar sobre la capital de Prusia.

»En tales circunstancias y con el genio del emperador aún se puede, mi querido duque, esperar todo. Pero también cabe en lo posible que las eventualidades contrarias influyan de una manera funesta sobre los negocios. No se debe temerle demasiado, pero sí considerarlo posible y no descuidar nada de lo que exige la prudencia.

»Os presento este cuadro á fin de que lo sepáis todo y de que obréis en consecuencia.

»Bien haríais en velar para que las plazas se pusiesen en buen estado y se juntase dentro mucha artillería, pues tenemos á menudo pérdidas muy sensibles de esta clase. Secretamente deberíais entenderos con el director general de provisiones, para hacer en las plazas del Rin acopios extraordinarios, y últimamente para aprestar de antemano cuanto conviene, á fin de que en circunstancias extraordinarias no experimentase S. M. nuevos embarazos y de que no os coja desprevenido. — Ya conocéis que, al escribiros de este modo, he reflexionado bien sobre todo lo que pasa á mi vista, con la seguridad de que en nada de esto hago cosa que á S. M. pueda servir de disgusto. Quizá un gran triunfo lo cambie todo, y vuelva á poner los asuntos en el estado próspero en que la inmensa ventaja conseguida por S. M. los tenía ya colocados.

»Acusadme, si os place, el recibo de esta carta.»

Al día siguiente 9 se dirigió Napoleón desde muy temprano sobre el terreno, para observar con sus propios ojos los movimientos del enemigo, y prescribir en consecuencia sus disposiciones. A la mano tenía el primer cuerpo, recién organizado por el conde de Lobau, y apostado delante de Zehist, sobre el camino de Peterswalde, y el 14.º alineado á las órdenes del mariscal Saint-Cyr delante de Dohna, sobre el camino de Furstenwalde. Algo detrás de Mugeln, si bien en disposición de obrar, tenía las tres divisiones de la joven guardia á las órdenes del mariscal Mortier, y la caballería ligera de la guardia á las de Lefebvre Desnoettes. Se hallaban en Dresde el resto de la joven y la vieja guardias, el cuerpo de Marmont, y la caballería de Latour-Maubourg, para atender á los accidentes imprevistos. Bastante lejos hacia la derecha, á algunas leguas sobre el camino de Freyberg, vigilaba el mariscal Víctor los pasos de Bohemia á Leipsick al frente de su cuerpo de tropas. Los cuerpos 1.º y 14.º y las tres divisiones de la joven guardia podían ascender á unos cincuenta y cinco mil hombres, fuerza bastante para abrumar al enemigo que se tenía delante, sobre todo si se supiera que los austriacos acababan de cometer la falta de retroceder

en Bohemia hasta Tetschen y Leimeritz, y que sólo Wittgenstein y Kleist estaban al frente. Pero imposible era saberlo de positivo, y al no ver á los austriacos sólo cabía andar en conjeturas sobre cuál sería su paradero. A más Kleist y Wittgenstein permanecían en buen continente, y aún no se mostraban dispuestos á emprender la retirada.

De consiguiente en Zehist y en Dohna se estaba á la vez sobre dos caminos, por un lado sobre el de Peterswalde, que pasaba por Zehist y Gieshübel á Peterswalde, calzada nueva ancha y toda expedita para la artillería, y por otro lado el de Liebstadt que pasaba por Furtenswalde, calzada vieja, practicable para la artillería sólo hasta este último punto, y cruzando desde allí la montaña del Geyersberg por senderos inaccesibles para los carros grandes. Este último camino fué el que siguió Kleist en la fatal jornada de Kulma hasta Furstenwalde, dejándolo después á fin de ganar por un rodeo á la izquierda la calzada de Peterswalde y caer sobre Kulma de improviso. El mariscal Saint-Cyr, inteligente como el que más en el arte de aprovecharse del terreno, propuso tomar el camino viejo de Bohemia, trasladándose velozmente con el cuerpo 14.º y la joven guardia hacia Liebstadt y Furtenswalde, lanzarse acto continuo sobre el flanco de la columna enemiga, que había tomado el camino de Peterswalde, y cortar así una porción más ó menos gruesa de esta columna, y aun cruzar el Geyersberg, luego que se llegara á Furstenwalde, y obstruir la retirada del enemigo á Bohemia. En su dictamen, no perdonando esfuerzos, empleando muchos zapadores, se acabaría por abrir un camino á la artillería y por arribar al respaldo del Geyersberg, esto es, sobre las espaldas del enemigo, con bastante cantidad de cañones.

Napoleón aprobó inmediatamente este plan ingenioso, aun ignorando si se podría pasar el Geyersberg con la artillería; pero en todo caso siempre había más probabilidades de causar daño al enemigo yendo á lo largo de la posición suya que atacándole directamente por el camino real de Peterswalde. Así mientras el conde de Lobau se adelantaba con el primer cuerpo de Zehist sobre Gieshübel, de Gieshübel sobre Peterswalde, empujando al enemigo de frente, manteniéndose Napoleón cerca de la columna de Saint-Cyr en persona, avanzó lateralmente y á paso bastante presuroso con el cuerpo 14.º y la joven guardia. De esta manera marchóse todo el día 9.

Sin descubrir Kleist y Wittgenstein los refuerzos llevados por Napoleón, muy luego echaron de ver su presencia al simple aspecto de sus tropas, é inmediatamente se declararon en retirada. Sin embargo, se replegaban sin precipitación alguna, y caminando Napoleón paralelamente á ellos por el camino viejo de Bohemia y viéndoles siempre de flanco, aunque no les llevara bastante delantera para cortarlos, sin más que lanzarse de un camino á otro, se lisonjeaba de cogerlos de revés al día siguiente, si llegado á la falda de las montañas, las podía cruzar con su artillería. Se vivaqueó la noche del 9 en Furtenswalde.

Al otro día, 10 de septiembre, por la mañana se fué por Ebersdorf hacia una garganta desde donde se divisaba el triste teatro de los sucesos de Kulma. A la derecha se veían las alturas de Geyersberg, á la izquierda

las de Nollenberg, á lo largo de las cuales se desarrollaba el camino real de Peterswalde para bajar á Bohemia. Napoleón transpuso esta garganta acompañado del mariscal Saint-Cyr y sus tropas ligeras, y á cierta distancia sobre su izquierda vió á las tropas enemigas, apresurándose á volver á pasar las montañas y amenazadas de no conseguirlo, si se lograba cruzar la garganta con medios suficientes de artillería. Tomando entonces una buena posición sobre una de las alturas que dominaban el camino, se podía reducir al contrario á operar por senderos casi impracticables una retirada desastrosa, y alcanzar un brillante desquite de lo de Kulma.

Llena la artillería de ardimiento, empeñóse bizarramente en medio de las rocas. Soldados y zapadores pusieron manos á la obra, si bien no lograron elevar sus cañones hasta la altura de la garganta, y así vióse detenida la artillería por obstáculos insuperables. Se necesitaran veinticuatro horas para vencerlos, y en este espacio de tiempo debía el enemigo haber desfilado del todo. No cruzando el Geyersberg hasta el día siguiente, ó yendo por un rodeo á la izquierda á ganar de nuevo el camino de Peterswalde, se pudiera sin duda estrechar bastante de cerca á los prusianos y á los rusos, para darlos alcance y acometerlos atrevidamente, si se supiera que estaban separados de los austriacos. Pero este partido ofrecía muchos riesgos á que la prudencia aconsejaba no aventurarse.

Con efecto, la ausencia de los austriacos no era más que una conjetura; no se les había descubierto hacia esta parte de las montañas, pero podían estar hacia la otra, y con cincuenta y cinco mil hombres no fuera cuerdo atacar á ciento treinta mil enemigos. Sin contar á los austriacos, Kleist y Wittgenstein debían tener cerca de setenta mil hombres, incluyendo las guardias prusiana y rusa dejadas al otro lado de las montañas, y aunque bien apostados cincuenta y cinco mil hombres les podían causar mucho daño, se resintiera de tanto imprudente el bajar detrás de ellos á la llanura, sobre todo cuando exigían que se tornara á Dresde muchas razones graves, tales como la pérdida de la batalla de Dennewitz, una nueva agresión de Blücher contra Macdonald, y finalmente la aparición de muchos partidarios en todos los caminos. Siendo imposible cruzar el Geyersberg para cortar el camino real en el espacio de dos horas, ya no se podía intentar cosa de provecho, y Napoleón, que, abarcando todas las fases de una situación de una sola ojeada, no perdía tiempo en resolverse, abrazó el partido de hacer alto. Sin embargo, como le importunaba la noticia esparcida á menudo de la irrupción de los partidarios en Sajonia, quiso que permanecieran en posición sus tropas, con el mariscal Saint-Cyr en Geyersberg, el conde de Lobau en Nollenberg, y ambos hacia el desemboque de las montañas. Si estos partidarios figuraban como precursores de otros cuerpos de mayor monta, iniciando hacia Leipsick una operación que siempre había creído probable, su designio se cifraba en retenerlos algunos días, intimidándolos con su presencia más arriba de Kulma, lo cual le daba tiempo de tomar las disposiciones proporcionadas á este nuevo peligro.

Por tanto, sobre aquel terreno erizado de rocas, donde los soldados y los zapadores se agotaban en inútiles esfuerzos para hacer que pasara la artillería, Napoleón cogió aparte al mariscal Saint-Cyr y le declaró que re-

nunciaba á esta tentativa, sin expresarle todas sus razones, harto numerosas para ser detalladas, y además no todas ellas para dichas. Le ordenó que más arriba de Tœplitz se mantuviera dos días por lo menos en una posición amenazadora, y después dejóle lleno de sorpresa y disgusto al ver abandonar un proyecto de que estaba prendado y de que se prometía gran fruto (1). Napoleón fué por Breitenau á Hollendorf á dar al conde de Lobau las mismas instrucciones y á prescribirle de consiguiente que conservara una actitud amenazadora en el desemboque de las montañas; y después volvió á pernoctar á Breitenau. Todo el día 11 dedicólo á revisar las posiciones de esta comarca, tanto sobre la meseta de Pirna como sobre la de Gieshübel, y tornó el 12 á la capital de Sajonia.

De vuelta en este punto, le daba harto asunto de reflexionar la situación, muy grave sin duda, y que empezaba á resentirse de alarmante. Evidentísimo y seguido con funesta constancia era el plan, acordado en Trachenberg, de marchar todos juntos en su contra, esquivando el encuentro cuando acaudillara sus ejércitos en persona, y avanzando con resolución si los capitaneaban no más que sus lugartenientes; de agotarle así en inútiles correrías, y luego de aspirar á envolverle, cuando se encontrara muy debilitado para sofocarle; plan que exigía una condición perfectamente satisfecha hasta ahora, el conjunto y la perseverancia de los esfuerzos, y la resignación á las pérdidas aunque fuesen enormes. Napoleón descubríalo á maravilla, y sin caer en el desaliento, á las claras veía formarse en torno suyo el círculo de hierro dentro del cual se procuraba encerrarle. Cuatro batallas se habían perdido en donde no

(1) De nuevo, aplicados como estamos á buscar la verdad rigurosa, citaremos aquí un pasaje de las Memorias del mariscal Saint-Cyr, quien pintando á su modo en el tomo IV, pág. 157 y siguientes, los hechos de que se acaba de dar noticia, refiere con sorpresa y enojo el repentino cambio de resolución de Napoleón, y deplora no haber hallado en su persona aquel día al grande hombre, á quien tiempos antes no pudo intimidar ni detener el monte San Bernardo. Aunque fuera positivo, y no lo es de ningún modo, que en estas últimas campañas se echara de menos al grande hombre de Rivoli y de Marengo, no sería en esta coyuntura. Ante todo existen hechos que el mariscal Saint-Cyr ha exagerado, y otros que no llegaron á su noticia. Pretende que era fácil hacer practicable el paso del Geyersberg: ahora bien, una carta de Napoleón á Mr. de Basano, que, afortunadamente para la historia, toma en cuenta esta circunstancia, dice de una manera terminante que era imposible abrir el camino; y tanto interés y aun deseo tenía Napoleón en efectuarlo que, á ser posible, en corto número de horas como se necesitaba, no dejara de ponerlo por obra. Mucho hincapié hace también el mariscal en la falta de no aprovechar la ausencia de los austriacos, para abrumar á Kleist y á Wittgenstein; ahora bien, esta ausencia por él sospechada, pero del todo desconocida y poco presumible entonces, no se ha convertido en certidumbre hasta después de muchas publicaciones históricas, y por tanto el juicio del mariscal viene á ser póstumo y fundado sobre datos inexactos refiriéndose á las circunstancias del momento. Finalmente Saint-Cyr ignoraba todo lo que acababa de saber Napoleón, quien nada le dijo de la situación de Macdonald, ni de la de Ney, ni de la aparición de los partidarios en Sajonia, aparición alarmante y que podía ser interpretada de muchas maneras. Por consiguiente este mariscal ha emitido un juicio erróneo, por no conocer bien todos los hechos ó por no quererlos interpretar de un modo equitativo; y esta divergencia de pareceres entre dos hombres presentes á una misma hora sobre el terreno y competentísimos ambos, es una nueva prueba de la dificultad de juzgar bien sobre sucesos de esta naturaleza, y por tanto de escribir con toda verdad la historia. (N. del A.)

se hallaba presente y por las faltas ya indicadas, faltas que accidentalmente se deben achacar á sus lugartenientes, y fundadamente á su persona. Estas batallas del Katzbach, de Gross-Beeren, de Kulma, de Dennewitz, habían excedido en importancia á la victoria de Dresde: cuando Napoleón quiso remediarlas, corrió inútilmente estos días sobre Gorlitz, y hoy sobre Peterswalde, y vió escapársele de continuo la ocasión de una gran batalla, con la cual esperaba repararlo todo. Esta situación revelaba el único defecto de su plan de guerra concéntrica en torno de Dresde, el de haber extendido de sobra el radio, llevándolo hacia la izquierda hasta Berlín, de frente hasta Lowenberg, al par que hacia la derecha se veía obligado á prolongarlo hasta Peterswalde, lo cual hacía que estuviera muy distante de sus lugartenientes para dirigirlos y socorrerlos, y que las correrías que alternativamente se hallaba en la necesidad de ejecutar en persona le quitaran el tiempo, y á su muy joven tropa el valor y la fuerza. Napoleón conocía este defecto ahora, y constreñido por la evidencia, y sobre todo por la triste situación de sus soldados, formó el proyecto de atraer cerca de sí á sus lugartenientes. Con estos designios tomó la vuelta de Dresde, y sus nuevas órdenes fueron calçadas y expeditas á tenor de ellos.

A la vuelta de las hostilidades tenía Napoleón cerca de trescientos sesenta mil hombres de tropas activas junto al Elba, desde Dresde hasta Hamburgo, sin incluir ni las guarniciones del Elba, del Óder y el Vístula, ni el cuerpo de Augereau destinado á Baviera, ni el del príncipe Eugenio dedicado á Italia. No le quedaban más que doscientos cincuenta mil soldados después de los sucesos de que se acaba de dar noticia. En vez de ochenta mil hombres apenas tenía Macdonald cincuenta mil con los cuerpos 3.º, 5.º y 11.º, y sesenta mil si se contaba á Poniatowski. En vez de sesenta mil apenas conservaba treinta y dos mil el cuerpo de Oudinot transferido á Ney. También la caballería había perdido muchos jinetes y caballos en sus idas y venidas continuas. Pérdidas habían experimentado asimismo los cuerpos dejados en torno de Dresde, menos considerables sin duda por no sufrirlas de resultas del desbandamiento, consecuencia la más formal de las derrotas: sin embargo, las habían tenido muy notables, y según acaba de verse, nuestras tropas, aun contando el cuerpo de Davout, no pasaban de doscientos cincuenta mil hombres, los cuales representaban nuestras fuerzas disponibles desde Dresde hasta Hamburgo. De consiguiente había una pérdida de más de cien mil hombres, debida al fuego, á las fatigas, á la desertión de las banderas, desertión grandísima entre nuestros aliados, mucho menor entre los franceses y de distinta naturaleza, si bien efectiva á pesar de todo.

Al enemigo se pasaban los aliados, ó vestidos de paisanos se huían á sus casas, practicándolo así los bávaros y los sajones; por supuesto que los franceses nunca iban á engrosar las filas contrarias ni aspiraban á retornar hacia el Rhin más que en número escaso, aunque ya se descubriesen algunos merodeadores por el camino de Maguncia, sino que en torno del ejército andaban errantes y sin armas, agotando los recursos de las aldeas donde encontraban un abrigo. Esta disposición triste á desbandarse, que el cansancio, el frío y

especialmente el hambre habían desarrollado de una manera desastrosa en el ejército de Rusia, comenzaba á reaparecer en nuestro ejército de Alemania hasta el extremo de inspirar inquietudes, y toda nueva marcha, todo suceso incierto y con particularidad toda derrota la acrecentaban sobremanera. Acerca de este punto se había despertado la atención de Napoleón singularmente, y entre otros desvelos ocupábale mucho el de las subsistencias, que iban escaseando; tantos miles de hombres vivían desde el mes de mayo en torno de la capital de Sajonia y en un radio de veinticinco leguas.

Tales fueron las reflexiones que asaltaron á Napoleón á su vuelta á Dresde, reflexiones de que no le consolaban los males experimentados por el enemigo. Si efectivamente habían sufrido pérdidas los coligados, procedentes eran del fuego, y de ningún modo de la desertión ni de las privaciones. Un ardor inaudito entre los alemanes les traía nuevos soldados á cada hora por medio de alistamientos de voluntarios, y grandes esfuerzos administrativos de parte de los rusos les proporcionaron reclutas esperados por largo tiempo. Hasta se hablaba de un ejército de reserva que á las órdenes del general Benningsen venía por Polonia, y los austriacos, cuyas filas se habían aclarado mucho en Dresde, se resarcieron con llevar á remate sus aprestos, no terminados aún á la vuelta de las hostilidades. Entre ellos abundaban los comestibles, gracias á la concurrencia de las poblaciones, á los subsidios británicos y á un papel moneda sostenido por la buena voluntad universal. Así los coligados no tenían menos, sino más soldados que los que entraron en sus conjeturas; y lejos de bajar su efectivo de quinientos mil hombres, casi á seiscientos mil subía ahora. A esta masa formidable debía hacer cara Napoleón con doscientos cincuenta mil soldados, reducidos á doscientos veinte mil, segregando el cuerpo de Davout replegado á Hamburgo, soldados jóvenes, muy cansados, no tan bien alimentados ya como al principio de la campaña, sorprendidos, aunque no desalentados, por los muchos reveses consecutivos, y por lo demás, aun cuando contaran menos con la fortuna de su jefe, teniendo siempre entera fe en su genio.

Sin pensar todavía Napoleón en evacuar el Elba por el Rhin, sacrificio que no se debía esperar de su persona; sin pensar tampoco en transferir á Berlín el centro de sus operaciones, vasto proyecto que las dos batallas perdidas sobre el camino de esta capital hacían á la sazón impracticable, determinó únicamente restringir su posición en torno de Dresde y concentrarse allí para tener que andar menos camino cuando se hubiese de dirigir á uno de los puntos de la circunferencia, y para estar dispuesto, con circunscribir el círculo que guardaran sus tropas, á juntar una reserva más fuerte bajo su mano.

Obligado se vió el mariscal Macdonald á abandonar el Spree y á Bautzen de resultas de un movimiento intentado por Blücher contra Poniatowski, arrojando á éste desde Zittau sobre Rumburgo. A situarse había ido delante de Dresde á lo largo de un riachuelo llamado el Westnitz, que corre transversalmente hacia la capital sajona haciendo numerosos recodos, y hacia la derecha va á desaguar en el Elba á la altura de Pirna. Napoleón estableció á Macdonald con sus antiguos cuerpos y con Poniatowski á lo largo de este riachuelo y algo á